

España y la independencia de América

(Documentos)

Escribe: JUAN FRIEDE

La época de la independencia es la que, tal vez, mejor y con más acuciosidad se ha estudiado en la historiografía colombiana. Un cúmulo de escritos que dejaron los próceres, tanto por la época en que vivían como por las dificultades que se interponían a una comunicación personal, ha permitido a los historiadores seguir paso a paso a los actores de tan magna empresa en sus mínimos detalles, a veces incluso anecdóticos.

Esta investigación histórica, basada en documentos en cierto modo regionales —pues ilustran principalmente si no exclusivamente “lo de acá”, lo que se pensaba y cómo se actuaba de este lado del Atlántico— originó una despreocupación por el estudio del contrincante, de aquella España que ahogaba con sangre y fuego la sublevación. El prototipo del español que luchaba contra la independencia era un Pablo Morillo, un Juan de Sámano, un Pascual de Enrile; sin tener en cuenta que España había sufrido la influencia de la ilustración y de la revolución francesa, y que ella misma salía de una violenta lucha contra las huestes francesas por su independencia. Tal trayectoria tuvo que surtir efecto sobre las gentes españolas y hacerles ver que el anhelo popular a la independencia no puede ser acallado por la violencia, así como la empleada por los franceses no logró acabarlo en su propia patria.

Hemos estudiado en el Archivo General de Indias en Sevilla —aunque someramente, pues cae fuera del marco de nuestras investigaciones— algunos documentos de aquella época y quedamos convencidos de que frente al problema de la pacificación de los territorios americanos sublevados, hubo en España gentes de alta posición social, política y administrativa, que rechazaban la acción de una autoritaria clique militar, la cual consideraba la *fuerza* como el único medio de atraer nuevamente a la Corona las provincias rebeladas. Varias cartas del virrey Francisco de Monsalve rechazaban la actitud de Morillo, las ejecuciones de los caudillos, las contribuciones impuestas, el trabajo forzado en los caminos, sus intervencio-

nes en la vida económica del Nuevo Reino de Granada; por cuyo medio aquel militar impuso un gobierno paralelo, estrechando y aun anulando al gobierno civil. Debido a sus éxitos militares, el rey don Fernando se inclinó hacia Morillo y sustituyó, como sabemos, a Monsalve, autoridad civil, por Juan de Sámano, viejo militar. Pero no pudo convencer a muchos de sus consejeros de Indias, de los miembros de la Junta de Guerra y ni siquiera a los fiscales, sus voceros en los consejos. Todos ellos dudaban que la despiadada debelación del movimiento en pro de la independencia lograra un éxito permanente. Por el contrario, luchaban por el cambio de aquella política, empleando un lenguaje atrevido y punzante, característico de las cartas e informes que se cruzaban entre las autoridades peninsulares.

Durante nuestras recientes investigaciones en el Archivo de Indias hemos escogido cuatro documentos que iremos publicando y que manifiestan la controversia que suscitó en las altas esferas gubernamentales el problema de la pacificación del Nuevo Reino de Granada, sin pretender agotar el problema, cuyo estudio dejamos a otros historiadores. Nuestro ánimo es solo indicar la importancia que representa la investigación de estos aspectos para el conocimiento cabal de la época de la independencia.

* * *

El primer documento que se inserta a continuación es la memoria que compuso Pascual de Enrile y Alsedo cuando en 1817 regresó a España. Enrile fue militar y marino. Nacido en Cádiz en 1772, prestó importantes servicios a la corona de España. De ahí que cuando se organizó la expedición pacificadora conducida por Morillo como general en jefe, Enrile fue nombrado brigadier al mando de la flota.

Fue Enrile quien bloqueó a Cartagena desde el mar en el memorable asedio de la heroica ciudad. Y fue Morillo quien, ante la creciente animosidad provocada por sus arbitrarias extralimitaciones, lo envió a España para justificar su actitud ante la corona y pedir, al mismo tiempo, auxilios de los cuales carecía el ejército expedicionario.

Enrile fue vocero de los militares, de la "política dura". En un estilo poco literario y un tanto embrollado pasa revista en su informe a la defectuosa organización del ejército pacificador. Describe toda la campaña: Cumaná, Margarita, Caracas, Puerto Cabello, Cartagena y Santafé. Omite las crueldades cometidas; pero sí realza la dura oposición que Morillo encontró por parte de los patriotas, el desprecio ante proclamas e indultos y la escasa confianza que inspiraban las fuerzas criollas integradas al ejército español.

Es interesante observar que Enrile ha reconocido la importancia estratégica del Nuevo Reino de Granada en la pacificación de todas las provincias rebeladas; aspecto poco estudiado en la historia de América. El Nuevo Reino es para él un "camino natural" al Perú, Chile, Buenos Aires y Montevideo. Y, por otra parte, dice, "lo que en Santafé se encuentra, es reserva para el Perú y aun para Guatemala y Acapulco". Prevé la emancipación del continente si no se envían refuerzos precisamente al Nuevo

Reino. Y, ciertamente: la Nueva Granada, enclavada dentro de las posesiones españolas que se extendían hacia el norte y hacia el sur, jugó un papel clave en el logro de la independencia de toda América. Su recuperación por los patriotas dividió el imperio español en dos trozos que luego, por falta de una flota en el Pacífico, jamás pudieron ser unidos. Es la batalla perdida en Boyacá, más que la en Ayacucho, la que quebró definitivamente el poderío español en las Américas.

Luego se extiende Enrile sobre el peligro que acecha al ejército desde los Llanos donde se reunieron Bolívar, Bermúdez y Piar. Reconoce las ventajas que asisten a los patriotas. Su petición es siempre igual: refuerzos para las tropas desde España y el envío de muchos eclesiásticos, "por ser tan importantes como la tropa". Exige una declaración del estado de sitio y un solo mando no solo para el Nuevo Reino y Venezuela, sino también para La Habana como puerto de entrada. Propone, por fin, algunas medidas para el fomento del comercio interior y exterior, de la agricultura y minería, como también para el saneamiento del sistema monetario, defensa de los puertos y la sustentación de la navegación costera y fluvial. Es interesante anotar el hecho de que entre las medidas económicas que propone Enrile se pide la abolición de los estancos del tabaco y aguardiente, por los cuales luchaban en vano los Comuneros en 1781.

El texto de la extensa memoria es el siguiente:

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS, SEVILLA

SANTA FE, LEGAJO 748

Si las operaciones que se emprendieron para pacificar la América hubieran seguido como principiaron, es positivo de que el mundo estaría enterado de que hubo un plan, y que se observó, no atribuyendo a la casualidad lo que era obra de la meditación. Pero al notar que una expedición tan costosa fue a un punto inmediato de la península, y que en dos y medio años no solo no recibió remplazo, socorros, pertrechos navales sino que ni aun se cuidó de que las expediciones destinadas a Panamá tocasen en Margarita y corriesen la costa, como se había convenido en esta Corte y se pidió siempre desde Caracas, al ver esto, solo puede darse uno a sí propio la explicación de tales hechos, acordándose que el 17 de febrero salió la expedición de Cádiz y en marzo estaba ya Napoleón sobre la escena, desconcertando cuantos proyectos había, de tal modo que se miraba como una imprevisión el haber dejado salir las tropas para América, siendo bien evidente que si se hubiesen hallado aún en la Península, hubieran marchado a los Pirineos y no al sur ni al norte de la América. Pues ya arrojado aquel tirano a la isla de Santa Elena, se ocupaba aún toda la Europa del trastorno que había causado, borrándose en España hasta el rastro de la idea con que se había mandado el general Morillo, si juzgamos por las operaciones que se siguieron; teniendo la América la suerte de que ninguno de tantos como habían cooperado para formar el plan de pacificarla, estuviese en situación de ocuparse de ella ni de nosotros.

La dirección de la expedición se discutió primero por cuatro generales; se asoció a ellos el brigadier Josef Salazar que había pasado mu-

chos años en Montevideo; se trasladaron los proyectos, de orden de S. M., a otra Junta de Indias, a la que se agregaron todos los virreyes y capitanes generales de América, con otras personas de razón; y, por último, volvió a tratarse en Junta de los cinco señores ministros del despacho, notándose que el señor de Lardizábal se esforzaba a que fuéremos al Sur. Se conformó S. M. con el unánime parecer de tantos sujetos de talento y que tantas pruebas habían dado de suficiencia, disponiéndose fuere a Costa Firme.

Llegamos a Margarita. Se perdonó a todos sus habitantes, juraron fidelidad al Rey los jefes y padres de familia sobre los *Santos Evangelios*. Juraron del propio modo más de cien jefes de la Costa Firme que cogimos, y regresaron a sus casas. Seguimos a Caracas, prosiguieron los movimientos en los Llanos, se prohibió castigar sin juicio, se estableció plazo para que se presentasen todos los ausentes y al cabo de dos meses salió la expedición de Puerto Cabello para Cartagena, sin que se hubiese hecho más castigo que con un español que servía con los insurgentes; sembrando proclamas el general Morillo que llegaron a Santa Fe donde se reían de ellas, como se ve en la correspondencia que yo he traído y en la gaceta que publicaron con notas. Unas y otras se encontraron en los archivos; las conserva el general Morillo. A la Corte se avisó las desavenencias de Margarita y se reclamó que se enviasen por allí las expediciones de Panamá.

En este intermedio llegó una denuncia de que en una casa se reunían algunas personas que complotaban y tenían correspondencia con Bolívar. Determinó el general, con arreglo a instrucciones, el alejarlos: dos, los envió a España a cumplimentar a S. M.; uno, lo nombró auditor del ejército; otro, vicario; y al quinto se juzgó. Al Marqués de Casa León se le confirió comisión a que hiciese algún servicio y desvaneciese las sospechas que se tenían de él. Lo aceptó. Pidió empleo público y se le confirió. Descansaba el general sobre él; pero se equivocó, pues ofició con mil dificultades. Se le retiró la orden, se le embarcó y mandó que se presentase en España, como S. M. lo tenía prevenido. Dejó nombrado interino el capitán general a un comandante general de la mitad de la fuerza que tenía la expedición y ordenó que el mariscal de campo, Cajigal, y el brigadier Monteverde, marchasen a España, como S. M. prevenía, y avisándole que el primero no se conducía con la prudencia que exigían las circunstancias. Mandó se les hiciese marchar.

Tomose Cartagena con mucha pena. Entramos a discreción. Se había asesinado a los prisioneros de la expedición del general Over Boves, y una sopa económica costada por el ejército fue el primer alimento que tomaron aquellos habitantes, la que siguió todo el mes; y este fue el único castigo que tuvieron por su crimen los que se abandonaron a la clemencia del vencedor.

Durante el sitio se cogieron algunos espías, se perdonaron los primeros y se castigaron los demás, juzgándolos por el Consejo.

Uno de los objetos de la expedición se había conseguido, pero faltaba ocupar el virreinato, desembarazar el Perú de los cuidados por el lado de Quito y dejarlo expedito, para marchar su ejército a Buenos Aires para socorrerlo cuando lo necesitare.

Procedieron proclamas. Yo escribí a Villavicencio y Montúfar, lo verifiqué desde Santa Fe a Casavalencia y Cabal; pero todo fue en vano, pues nada surtió efecto y solo se notó de que el paisanaje, al ver de que con él nadie se metía, se estaba quieto y se retiraba a sus casas. La mayor disciplina en las tropas europeas, continuos castigos en las venezolanas, prohibición de tomar cosa alguna por otra mano que por la de las justicias, etc., aseguraban el orden y la tranquilidad.

Se puso en movimiento el general Morillo, instó por la marcha de los remplazos; por cuatro mil hombres para guarnecer a Cartagena y para que estos y las expediciones de Panamá tocasen en Margarita. Llegaron estos partes cuando Napoleón no figuraba ya.

Con asombro de toda la columna venezolana, desde Barinas por Casanare y la cordillera, entró en Girón y se le unió la columna de cazadores de Cartagena, ganando en febrero la acción de Cachirí. Con la cual y la ocupación de Medellín por la columna de la derecha, quedó abierto todo el Reino a las tropas de S. M., no restando otro medio de fugarse a los malos, que por la Mar del Sur, donde se presentó Brorrun (sic, Brion) el almirante de Buenos Aires; pues el río Atrato estaba ocupado por otra columna europea. Parecía que era el momento de ceder: se extendió un indulto y se esparcieron proclamas. Ni uno solo de los jefes se presentó. El ejército hizo alto en el Socorro quince días, a dar lugar al arrepentimiento; pero notando de que era un desatino, se mandó avanzar sobre Santa Fe y Tunja. Se retiran los enemigos, se nombran alcaldes en Tunja, sigue el ejército, deja este punto descubierto con necedad, marcha una partida a ocuparlo y con una orden del presidente del Congreso es asesinado un alcalde con aplauso y auxilio de todo el pueblo. ¿Qué hacer? Se perdonó. El propio perdón alcanzó a Santa Fe, a pesar de los asesinatos hasta de los religiosos.

En la provincia de Antioquia declaran guerra a muerte. Penetra el coronel Warleta y derrota al enemigo. Este se rehace; vuelve a derrotarlo y se fugan los venezolanos. Se presentan los habitantes y, sin conceder indulto, se olvida lo pasado. El pueblo se conduce bien y ni una gota de sangre ha corrido. En Simití sorprenden la guarnición y asesinan veinte y cuatro soldados. Vuelven sobre ellos las armas del rey y ningún castigo se hace.

Warleta envía mensajeros con proclamas al valle del Cauca. El ejército entra en Santa Fe. Huyen los venezolanos a los Llanos. Siguen al Cauca los del reino y se reúnen con los que allí estaban. Forman una sociedad democrática, deponen el presidente, nombran otro más joven, desprecian todas las ofertas y mandan a atacar al viejo militar, Sámano. Se estrellan. Quieren salvarse en dirección de las posesiones portuguesas y se encuentran con nuevas fuerzas al frente. Son derrotados y un terremoto los deja sin camino, por lo cual fueron presos los cabezas, juzgados y condenados o absueltos.

Las tropas del Rey se dispersan. Se buscan los principales revoltosos, se cogen varios, son conducidos unos a Santa Fe para ser juzgados y otros lo son en Popayán.

Desde veinte y nueve de junio, la tranquilidad no se ha turbado. Ninguna partida, ningunos ladrones, el tráfico se entabló como antes y el comercio empezó a revivir. Era no obstante preciso dar ocupación a un pueblo, que llevaba seis años de movimiento, para distraerlo y de esta causa el que se abriesen caminos en todas direcciones, que se verificasen los ordenados por el Rey, que rompiesen otros necesarios y jamás intentados. Los pueblos se asearon, se recogieron los mendigos, se hicieron más de cincuenta puentes grandes quitando las tarabitas, se propagó la vacuna desde Quito a Cartagena, se recogieron todos los niños huérfanos reparándolos en los talleres del gobierno, para que se dedicasen a un oficio, incluso el de tonelería, se vistió la tropa y, en fin, cuanto el general ordenó y consiguió, lo puso en la Gaceta para que el público se enterase y lo tachase, evitando el secreto, que solo guardaba para las operaciones militares. Dichas gacetas están en el depósito de la guerra.

Las ventas principiaron a arreglarse de modo que las alcabalas y aduanas se restablecieron, pero no la renta del tabaco y aguardiente que, exigiendo estanco, fondos y tiempo se dejó al cuidado del virrey Montalvo. Y si este señor hubiera sabido, mucho más se hubiera conseguido, en vez de disgustarse porque se formaba una contaduría para que las rentas no entraran en la caja del ejército y constaran en la capital los ingresos para que se pudiera residenciar a los individuos de hacienda y renaciera el orden. Pero el figurarse que puede haber otra autoridad que la suya, lo trastorna.

La salina de Zipaquirá ha sido siempre la renta más pingüe, pero nunca pasó de cincuenta y cuatro mil pesos anuales, según los estados. Se mudó el plan de hacer la sal y cada mes dio diez y seis mil pesos. No se sabía hacer planchas de plomo; se ensayó y se logró, de modo que ya se habrán establecido las calderas como en Europa y el producto puede que sea más del doble.

Los correos tardaban por lo regular un mes en subir a Santa Fe. Se hicieron reconocimientos, se les hizo dejar el río, se midieron las leguas, se marcaron, se colocaron postas, y en la actualidad jamás tarda once jornadas. Las direcciones se acortaron, todas se mejoraron, la abundancia renació en todas partes y en especial en la capital que se hermoseó con dos puentes, enlazadas algunas calles, empedrada la plaza que se hizo al parque y casi la mitad de la del palacio.

Las cárceles tenían sus médicos que hacían visita diaria y los días de la ley iba el gobernador. En fin, hasta las mujeres públicas se recogieron y trabajaban para el ejército.

La marcha de las tropas es un azote para el país reconquistado y suele destruir la disciplina, pero es inevitable que se muevan para que sean verdaderamente tropas y a fin de que, no teniendo motivos de fijarse, no se deserten. Se establecieron por lo tanto las vías militares, se acopiaron raciones, se señalaron los cuarteles, se formaron brigadas y jamás ha marchado tropa alguna o se han hecho remesas de efectivos sin que las haya acompañado una persona principal que, con su instrucción impresa, todo lo pedía a los alcaldes, y así se evitó la arbitrariedad del militar y de los pocos años.

Todo estaba organizado de este modo cuando principió a dirigirse el ejército hacia Caracas, dejando en el reino cuatro batallones venezolanos, el del Tambo de nueva creación, otro principiado en el Chocó, el europeo de León en Cartagena y el de la Albuera en Santa Marta, completándose del Socorro; cuerpos todos que, según lo que alcanzo, no deben quedar donde están si se exceptúa el del Tambo, como se pidió un año hace.

El de León, por dos veces ha dado cuidado porque no se le pagaba y estaba sin moverse. El de la Albuera en otro punto será bueno, pero donde se encuentra, no. Los cuatro batallones de Venezuela están en dirección a embarcarse para Lima por Buenaventura, y es preciso, porque cualquiera novedad que haya en su país, se resistirá en el terreno que dominan. Es, pues, preciso salgan. Esto se propuso como proyecto cuando se tomó a Cartagena; después como cosa fácil y necesaria y aún no había respuesta cuando yo salí de Santa Fe, la pacificación que se logre en Venezuela se conseguiría en el virreinato sin trabajar y pronto. Además, cuantos venezolanos puedan salir de Caracas tanto más conducente será, imitando a los ingleses que condujeron parte del palenque, de Jamaica al Canadá y se logra con saña y con disgustos. El venezolano es obediente, sufrido y buen soldado si se le sabe conducir, pero fuera de su casa. Marchará para Caracas el batallón de la victoria, los dos escuadrones de caballería de Fernando el Séptimo, el de artillería; tan bajos que apenas componen mil hombres. Además, el batallón de Cachirí, el tercero de Numancia y los carabineros de Fernando Séptimo, todos del país y en número de tres mil hombres.

Presente todo lo dicho, se deduce de que la fuerza principal del general Morillo es de la gente del país, de ninguna confianza allí, que en el ejército tiene más de la mitad de bajas, que faltan para los cuerpos viejos y nuevos, sargentos y oficiales que se han pedido. Se mueren de hambre aquí, allí viven cuando peor les va y no se animan ni por esto.

Debe pues de saber S. M. de que, así como en el Perú y México dicen que no se necesitan tropas, que las necesitamos en Venezuela y Nuevo Reino de Granada; primero, remplazando bajas; segundo, completando oficiales y sargentos; tercero, teniendo presente de que Portobelo, Chagres y Panamá, con grandes castillos, están indefensos y quizás ha llegado el momento de ataque. Cartagena, con poca y peligrosa guarnición y los castillos de Santa Marta y Río de Hacha sin defensores, que aun cuando hubiera exceso de tropas en Santa Fe, es el camino natural para enviar al Perú no solo para su seguridad, la de Chile y aumentar el ejército de Buenos Aires, sino también para atacar a Montevideo, pues, al fin, si no hay trastornos generales en el mundo, han de suceder y si ahora no se determina esto, en venir la respuesta ni la orden de prevenir los medios, se pasarán años cuando no nazcan estorbos insuperables en el intermedio.

Lo que en Santa Fe se encuentra, es reserva para el Perú y aun para Guatemala y Acapulco, sirviendo todavía para Venezuela, comprobada la posibilidad con lo hecho. Si, según aseguran, los portugueses tienen trabajo en el Brasil y desguarnecerán en parte a Montevideo, y si nuestro ejército se encuentra en Córdoba del Tucumán, como el señor Pezuela avisaba iba a suceder, ¿no sería un momento de aprovechar si a un tiempo

hubiesen marchado no solo los venezolanos que propongo sino aun más dos batallones del país? Se ha hecho un gran dispendio, se ha llegado a donde se deseaba y ha un año que estamos paralizados, porque el plan se olvidó y la ocasión se escapa, además de destruir la expedición por no socorrerla a tiempo. La Europa se ve acercarse la emancipación de la América, el día de su miseria y de la emigración de los artistas y labradores, como sucede en beneficio de los Estados Unidos. ¿Podrá culpar a los generales de la expedición? Un año se ha perdido a pesar de los muchos oficios que sobre el asunto se han escrito con oportunidad y ojalá no haya más desgracia que esta. La tropa coge crecidas sumas y las pone en tesorería. La marina apresa doce buques con que aumenta los correos y los apostaderos, y en vez de venderlos los cargamentos sirven de alimento a la expedición. Todos enajenan lo que tienen, exponen sus vidas, sufren trabajos, se alejan de sus familias, saben que perecen, no desertan y formalizan una campaña gloriosa y veloz, abandonados de la metrópoli y sin recibir correos ni noticia de la publicidad de sus hazañas. ¡Qué más puede exigirse de estos hombres!

Creo hasta aquí haber explicado lo que se ha alcanzado con la expedición, lo que pudo alcanzarse y el estado militar actual del virreinato de Santa Fe. He indicado también el estado moral de aquel ejército añadiendo tan solo que el movimiento sobre Chile puede desconcertar parte de este plan si no hay en Lima fuerzas de mar, pues así como el año pasado convino Brown su operación con los de Buenos Aires y no tuvo efecto por tierra, es natural que ahora hayan hecho lo propio y se presenten fuerzas considerables en el Mar del Sur, pues esta es la sólida ventaja que el movimiento puede darle.

En el ínterin que la prosperidad acompañaba al general Morillo, Bolívar, Bermúdez y Piar formaban reuniones de extranjeros oficiales españoles emigrados y organizaban un plan de reunión y ataque contra Venezuela y Margarita. En las posesiones de Petión estaba el centro. Se ofició a este, se tomaron medidas, se avisó a S. M. la tormenta y necesidad de fuerzas en aprontar una escuadrilla en Cartagena, otra en Caracas. Se envió al brigadier Morales desde Ocaña con tropas que se reunieron en Maracaibo y después de inauditas marchas y de acciones que solo por lo lejano no ocupan el lugar que les toca, se consigue destruir al enemigo en Ocumare. Pero la escuadra de Cartagena, compuesta de máquinas fiadas su habilitación al señor virrey, sale tarde, arriba, parte, yéndose a pique y solo una corbeta y una goleta se reúnen a la de Caracas, que buscó al enemigo y no pudo encontrarle, se fugó y dividió. Siempre tendrán este suceso las embarcaciones en los apostaderos de Costa Firme, porque nada naval hay allí, se promete y no llega, y en aquel clima destructor todo se deteriora al momento. No obstante, todo puede haberlo, pero es asunto para mejor época y sobre ello he elevado mis observaciones a S. M., destruyendo el sistema prohibitivo.

Bolívar dejó abandonada la tropa. Esta se reúne y atraviesa hasta los Llanos, donde se reunió a Sedeño, Zaraca (sic) y demás partidarios en agosto de 1816. Desde esta época principiaron las ventajas de los rebeldes. Establecieron un sistema dulce y central, abandonaron sus deserciones y, formando un gobierno en Margarita, dan el político paso de

volver a llamar a Bolívar, de cubrir su cobardía y de volverlo a poner todo en sus manos por la gran influencia que tiene en la opinión general. Todas estas noticias llegan al capitán general de Venezuela. Reúne todas sus fuerzas y en septiembre abandona a Margarita después de una defensa de diez y ocho meses, en que nadie se ocupó de socorrerle, no quedando ni aún la gloria de las ventajas que conseguían diariamente aquellos valientes, por ser una guerra fratricida. Más de quinientos hombres nos ha costado la defensa de este punto cuando, socorrida oportunamente, se hubiera sofocado la discordia, tocando allí la expedición que en un mes se puso de Cádiz a Portobelo y se quedó en Panamá cuatro meses, con pérdida de doscientos hombres, todo se hubiera evitado. Esto lo recuerdo en obsequio de los que en Madrid previeron lo que debió suceder a tan larga distancia cuando se discutió el plan.

Por fin, el gobernador de Puerto Rico envió un batallón de Granada. Pero hacía falta el general en jefe, porque la íntima armonía que reinó en todas las partes donde se encontraba había desaparecido entre los jefes de Venezuela; pero las inundaciones de los Llanos, la necesidad de equipar el ejército y de preparar lo necesario, para lograr esta inmortal marcha hasta Caracas, lo detenían en Santa Fe. Cuando llega la noticia de que Mina preparaba otra nueva expedición que se reuniría en los Cayos de San Luis, determinose fuese yo a buscarlo con las dos fragatas sobre Cuba o Santo Domingo, pues la Efigenia se había salvado por milagro; y en efecto me dirigí a Cartagena. Estando allí me avisa el general Morillo que el gobernador de Barinas, que a nadie se sujetó nunca, había sido batido por los restos que habían sido de la Nueva Granada; pero no daba cuidado más que por San Fernando de Apure, pues en la acción de Pore se cogió el plan que era ir a la provincia de Cumaná para fortalecer con lo que sacaren de la isla de la Trinidad.

Di la vela en fines de diciembre para Puerto Príncipe, y dos buques me dieron la noticia de que en octubre había salido Mina para el Seno mexicano; y por lo tanto fui a La Habana a llevar el resto de mi comisión. Pero debe notarse cuán faltos de noticias estamos allí de lo que pasa en Santo Domingo. Encontré en La Habana un oficial, destacado de Caracas para pedir auxilio, al cual no se le respondía. Pude lograrle fondos para que en el Norte de la América se comprasen dos corbetas, la una ya lista de veintiocho pies que iban a comprar los insurgentes, pues cogidos los siete barcos que se separaron del convoy de Veracruz, encontraron en ellos como medio millón de pesos en metálico, y sobre Tampico habían apresado otro, con igual cantidad, según noticia que me dio el virrey Callejas. Lo cual sucederá siempre, ínterin no se establezcan medidas de vigor para cubrir el comercio, y que este obedezca, no permitiéndole en algún tiempo el que salgan buques sueltos si no tienen la artillería y tripulación que se determine, como estableció la Inglaterra en su última guerra con los Estados Unidos. Yo desde luego en la costa de Caracas no permito salir buques sin convoy hasta ponerlos al norte de Puerto Rico, y de este modo en dos y medio años ni una sola embarcación han cogido allí y casi todas sobre isla Tercera y Cádiz.

Tal es la situación de Venezuela y la Nueva Granada, lo que la expedición ha hecho, lo que queda planteado y lo que puede aún hacerse.

Para mantener la tranquilidad creo que se necesitan los cuatro mil hombres pedidos para guarnecer la Nueva Granada, pues los que han salido en abril van con muchos objetos y temo no lleven más que el primero; debiéndose mandar, según concibo, que no se ocupen de ir al Perú ni Habana: los remplazos del ejército para que este concluya la obra de Venezuela, la marina que tengo detallada y colocación de apostaderos por el conducto correspondiente, gran porción de eclesiásticos de todas clases para curas, que los señores obispos vayan a sus puestos, que se vigilen los estudios y grados científicos de que se abusa, que Santa Fe se gobierne como antes pero con amplias facultades del jefe principal que sea de la carrera que se quiera, para llevar adelante el plan de operaciones, que en Venezuela no haya más autoridad que la militar, como se estableció cuando llegó el general Morillo, estableciendo un régimen parecido a la ley marcial, al estado de sitio, etc., dejar el comercio por ahora en la situación en que se encuentra, pero sacando los provechos que se puedan con el tácito permiso concedido a los extranjeros, el arreglo de los aranceles de puerto con relación a los más que pagan nuestros buques en otros países, aumentando según el provecho que de ellos sacan los extranjeros, como por ejemplo en el Istmo, Guaira, Habana y Cuba, pero como medida particular de cada puerto y, por último, que se procure establecer un sistema que no presente tantas autoridades como son la del general del ejército, la del virrey y la del capitán general de Venezuela. Estos son los puntos principales y añadido aún más que, si fuera posible, mandase un jefe superior todo el territorio nombrado, uniéndole la isla de Cuba y Puerto Rico. La operación será completa y semejante a la que se trató de verificar en 95 a 96 con el señor marqués del Socorro, cuando se intentó enviarlo a mandar la escuadra a aquellos mares. El conocía la Audiencia y conocía que una especie de dictados se necesita para las grandes empresas y con más fundamento en América, donde todas las autoridades se contrapesan. ¡Ventajosa medida en tranquilidad, perjudicial al objeto del día y en especial en Venezuela, pues el jefe enemigo es un dictador con talento y bien obedecido, cuando el general del rey es contrariado de todos modos y en realidad el partido no es igual. Esto se discutió antes de ahora y de allí la orden de S. M. para que la Audiencia de Caracas no entrase en sus funciones. Si se acertó o no, la experiencia que decida, y ojalá no tenga las consecuencias que se previeron y explicaron en marzo de 1816 desde Ocaña. Además, Venezuela está exhausta, aniquilada, y es preciso darle situado de La Habana y Santa Fe, lo que no se logrará si ha de depender de la voluntad ajena. Deben también ir varios generales subalternos para que no se fie la suerte del todo a la vida de uno solo.

Otra medida importante es la de permitir a los habitantes extraer sus harinas y si por no disgustarse con los Estados Unidos no se quisiere prohibirles la introducción, paguen el propio derecho que en La Habana y Cuba, que es el de siete a ocho duros el barril. Y, a pesar de ello, forman almacenes para surtir a Jamaica cuando aquel gobierno permite la introducción por días determinados. Es sí necesario que se fomente la tonelería, arte desconocido allí a nuestra llegada pero que ya tiene un maestro y varios discípulos que han hecho barriles para la pólvora y cantimploras para el ejército. Sin barriles, jamás prosperará este tráfico, pues se pudre la harina.

El desestanco del tabaco daría un nuevo manantial de riqueza extra-yéndolo; pero sería una pretensión necia el intentar yo formar un plan de real hacienda cuando es materia que no entiendo; cuanto a la recaudación, me han asegurado que no pasa del cinco por ciento. Llegó el día en que este asunto se trate con inteligencia en la Península y es un pronóstico seguro de que mejorará en América.

La provincia del Socorro es la más poblada del virreinato y de la cual se sacaban los remplazos para el batallón auxiliar de Cartagena, estremeciéndose la humanidad al oír el número de hombres que se enviaban y los que morían. Es provincia rica, calcada para la agricultura y naturalmente industrial, muy parecida a la Galicia. Se ha procurado obstruir los adelantos en todo, porque se la tacha de revoltosa, y a pesar de ello la población aumenta y las telas de algodón van hasta Maracaibo. Está a dieciséis leguas del Magdalena y no tenía camino, obligando a una porción de ociosos a reunirse a la voz del que les daba el menor estipendio y hacer lo que les mandase, pues el jornal se paga con un real del país. Ya tiene camino y, como debía suceder, se va poblando principiando por la nueva parroquia de San Vicente, dotada de ornamentos y vasos sagrados. Está a distancia de cuatro leguas de Zapatoca, Barichara, Larrobada, Chimacota, pueblos de dieciséis a veinte mil almas, donde se cultiva mucho algodón que se traerá por allí y es el conocido en el comercio con el nombre de Girón. De tal manera prospera que, a pesar de estar ya el camino de Santa Fe a Honda como cualquiera de los no calzados de España, y ya no con el mal nombre con que el barón de Humboldt lo hace conocer en sus viajes, a pesar de esto, la nueva dirección será la más concurrida. Yo he venido por el de Honda al galope en veinte y dos horas y puede hacerse para ruedas cuando haya fondos.

El comercio por el mar del Sur es otro renglón que los lisonjeará y que no destruirá nuestro tráfico, pues falta la plata para conseguirlo. El pensar un habitante de Maracaibo, un año hace, que podía ir a Puerto de San Buenaventura, lo hubiera considerado como un delirio; pues ya en la actualidad a jornadas regulares no tarda cuarenta días y tardará aún menos, si el general Sámano ha seguido el propio sistema que el general Morillo. Y como vía militar, en la mayor parte están hechas casas de palma, a distancias convenientes para alojar la tropa, reservarles las raciones, y facilitar las marchas donde no hay pueblos, con lo cual es ahora el paraje por donde el comercio es el más activo y lo será por largo tiempo si S. M. no impide la introducción como antes, por razones prohibitivas y sostenidas por los celos de provincias confinantes, pues Maracaibo es la puerta natural del Reino, visto comercial, marinera y militarmente; aunque a pesar de estas razones, fundadas en la naturaleza de los terrenos, en las relaciones mercantiles con la Metrópoli y las islas, y con la experiencia en la mano, no obstante esto, se mandó separar, porque se verificó con Trujillo, Mérida y Barinas, en cuyos términos está embutido. He visto todo el expediente: es largo y en todo él no se encuentra una razón que convenza, porque tampoco se trató la materia bajo el aspecto conveniente, pues no era dable entonces. Lo digo todo, porque se que el virrey quiere prohibir aquella dirección y cuando no, colocar nueva aduana en el camino, porque está fuera de su jurisdicción y lo sufren sus cajas. Yo creo que lejos de esto, Maracaibo saldrá de la miseria con que está si se

incorpora a Santa Fe en los terrenos y aguas vertientes a la Laguna, y que ínterin se haga el tráfico como hasta ahora y reciba el metálico del reino, tomándose medidas para destruir la despreciable moneda macuquina, que es todo cobre, no se les admita a ningún pueblo confinante, que cada uno la fabrica en su casa y es un caos.

En materias de monedas hay tal desorden en aquellos países que siempre encuentran razones para faltar a las órdenes de S. M., cubriéndose con justas razones especiosas, pero contrarias a los principios que gobiernan a las naciones cultas del mundo. ¿Quién ha de creer de que en América hay moneda metálica que pierde setenta y seis por ciento y que por el rigor de la ley se recibe sin murmurar para el tráfico interior? Es tal la costumbre de adulterar la moneda, que luego que le nota escasez, se procede a ello. En Caracas encontró el general Morillo este abuso y mandó se suprimiese el establecimiento. Ahora con informes y más informes, parece que se ha vuelto a restablecer. En Santa Marta la había también y perdía hasta treinta y seis por ciento. Pocos meses ha se quitó por reclamación del general en jefe, pero es tal el lucro que esta deja, ya dando ya suprimiendo la orden, que no extrañaré que bien cubierto el expediente vuelva a establecerse. Será desaprobado, pero lo menos ocho meses habrán corrido, a pesar de las repetidas reales resoluciones para que estos abusos no tengan lugar. En solo el reino de Santa Fe hay moneda de ley macuquina de Caracas, Barinas, Maracaibo, Santa Marta, Cartagena, Antioquia y la de los insurgentes, que pierde como sesenta y ocho por ciento. ¿Qué caos habrá igual a este? El general Morillo dispuso que toda la plata que se iba reuniendo, se acuñase en medios y en columnarios con el objeto de principiar a recoger la macuquina más despreciable, fijar término al curso de los medios y de los reales de los insurgentes, dando el valor verdadero en buena moneda y proceder así poco a poco con las demás de un propio cuño. Es lento el método, pues solo la moneda insurgente asciende a doscientos mil pesos, pero, por lo propio, el más adecuado a que sea insensible al propietario que no nota de golpe el desfalco y viendo la marcha firme del gobierno toma sus medidas. Además, que ya desacreditada la moneda se recibirá en pago de derechos una quinta o sexta parte de derechos. Así se estaba planteando, cuando el general marchó, aunque no era ya medida de su cuidado.

Esto bastará para persuadirse lo que el general Morillo ha trabajado para restablecer el orden y encontrar recursos para llevar adelante los planes concebidos aquí. Parecerá imposible que en solos cuatro meses se haya providenciado y logrado tanto como relato por un solo hombre, y otras cosas que omito por no ser difuso; pero desaparecerá la duda al reflexionar que solo se han llevado adelante los principios elementales de todas las sociedades, por la infancia en que se encuentren; que no se perdía el tiempo en discutir principios, porque lo están siglos hace; que el general es activo y ardiente, que todo este virreinato estaba organizado como un batallón, que sus habitantes obedeciesen siempre y ahora más, con el temor de la mala conciencia que cada uno se encontraba.

Las minas de hierro, cobre, plomo y carbón tuvieron sus reconocedores, para hallar materiales necesarios al ejército. El resultado está en los cajones del depósito de la guerra y las muestras llegarán con la flora de Bogotá.

Es doloroso que siendo tan privilegiado en estos renglones este reino, carezca de una escuela de minería, por lo cual están destruyendo con socavones mal hechos las minas, sin omitir la de la sal de Zipaquirá y la de Chita, que surte a Barinas. Es tal la dificultad que, necesitando cobre para estribos, hebillas y otros efectos de equipo, se procedió a derretir la artillería cogida, consumiendo la precisa y remitiendo a Cartagena en pasta el resto, por innecesaria, con todas las armas.

Sobre marina podría extenderme y creo probaría de que allí hay todo menos el cáñamo, que puede haberlo y está pedida la semilla a Chile. También falta la arboladura de pino. A pesar de todo, solo ve el marino cuando allí va, el sepulcro de los buques y el descrédito injusto de su concepto, siendo onerosa e inútil su arma cuando sin ella nada puede hacerse en países ultramarinos. No descuidó este ramo el general Morillo. Aplicó sus providencias, dio cuenta a S. M. en largos oficios, indicó la necesidad de varios apostaderos. Me extendí yo más sobre este renglón y creo de que en Guayaquil y Panamá deben establecerse fuerzas de mar, las que sin hombres activos no se conseguirán, quedando en el ínterin la Mar del Sur a la merced de unos piratas y los movimientos de tropas sin protección en un momento en que sin marina de alta mar es la costanera la que nos ha de sacar del abismo en que estamos. Las dificultades que se encuentran en América cuando se trata de esto, prueba bien lo poco marinera que es la nación, y es decir que en Panamá quisieron armarse dos lanchas para cooperar con el ejército cuando se acercase al río Anchicayá, y no se logró, siendo la aduana más pingüe de la América después de la de La Habana. Pero téngase presente de que Puerto Cabello quiso rebelarse, se apoderaron de la marina real, le siguió Cartagena y pocos meses hace trataron lo propio los margariteños, pero el general en jefe, que había observado la marcha de los años anteriores, mandó duplicar las fuerzas y advirtió a don Salvador Moxó que era la prueba más convincente de un movimiento en aquella isla. Ojalá se hubiera equivocado; pero ya están tan convencidos los jefes de las armas del rey, que lo prueban con los esfuerzos que hacen en Venezuela por tener marina, sin auxilio ninguno de la metrópoli, pero no lo conseguirán así.

La marina del mar no debe ser solo el objeto del gobierno y sí también la de los seis ríos interiores navegables en centenares de leguas y cuyas bocas son otros tantos puestos ventajosamente colocados, por eso y por vivificar este ramo, he propuesto a S. M. que el comandante del arma esté al lado del virrey como lo está el director general en la Corte y los comandantes de todas las armas, y que haya Mesa de marina en la Secretaría de Marina como se me ha dicho la hay en México. La metrópoli no puede atender a tanta distancia; en todos ramos lo ha creído así S. M. y solo en la marina se ha persuadido de lo contrario, porque siendo el resultado de la industria nacional, creen es un golpe a esta el manejarse de otro modo y en el ínterin, estancaban y sacaban de la circulación masas de dinero considerables que paradas, nada producían, e invertidas en efectos navales, al cabo de diez años, se convertían en oro en montones, de despojos inútiles con la determinación de los pertrechos; al propio tiempo que es una manifestación de que tal industria no existe cuando con anti-

cipación todo se ha de comprar y guardar, lo cual no sucedía en Holanda hace ochenta años, y no se hace ahora en Inglaterra sino con muy pocos artículos, porque no los hay allí.

Los ríos se navegan bastante y tendrán más vida cuando los barcos de vapor se establezcan; en especial sobre el Magdalena, donde todo lo necesario sobra, y se evitan los peligros, las dilaciones y la voluntariedad de los indios bogas. Se trató de conseguirlo y al pasar por La Habana he procurado que se ocupe de ello la propia compañía que está estableciéndolos en la bahía y para la costa; pero al mismo tiempo es necesario separar a Mompo de Cartagena, darle territorio y un gobernador que sea comandante del río, volviendo al tiempo de los conquistadores.

Los apostaderos del norte no pueden estar en Cartagena, pues las razones que hubo para colocar allí las escuadras, han desaparecido. Cuba, Santa Marta y Maracaibo deben ser vigilados y esto se consigue desde Cuba, como lo he dicho a S. M. extensamente. Mas hay que tener siempre a la vista que es más fácil socorrer a Venezuela desde la Península que desde Cartagena. Casi hay que descansar con lo que tenga esta plaza. Mucho se adelanta con este fin estando el apostadero en Cuba, pues las noticias de Costa Firme serán más frecuentes por el comercio, y entonces de La Habana podrán ir auxilios. El ramo de apostaderos es de la mayor importancia, pero véase cómo se dotan con jefes, pues son costosos y los operarios pagados muy altos, a pesar de que trabajan mucho menos que en la Península. Es una prueba de esto lo que han logrado los oficiales que han estado a mis órdenes, que de por sí han salvado la fragata Efigenia con tan corto gasto. De todos modos son inútiles las órdenes de los virreyes; no conciben la necesidad de marina. Todo esmero en este ramo es poco, en razón al cordón de islas que tiene al frente la Costa Firme, desde Jamaica a Trinidad; en todas se trabaja por mantener el desorden, e ínterin lo haya, nuestra bandera no se encuentra en el mar. La falta de convoyes aniquila el número de buques y los insurgentes progresan, habiendo llegado el desorden a tal punto que se forman expediciones en Santo Tomás y San Eustaquio en especial, lo que dio de acción a mandar el general de que se apresasen los buques dinamarqueses después de avisar a los respectivos capitanes generales. Y parece ha producido por lo menos el buen efecto de apostar bergantines para perseguir a los insurgentes y prender algún comerciante que remitía fusiles. Solo el general de Martinica se ha conducido con aprecio, pero el de Trinidad indistintamente ayuda al que más ganancia presenta, y está al lado del desorden; pues extraen por el Orinoco cuantas mulas y ganados quieren, mal pagados porque son robados, y se benefician sus ingenios perdiendo este ingreso la real hacienda. Esta razón, la del robo de las cosechas y el corso, son las causas verdaderas de que haya corsario, pues la independencia no ocupa a los extranjeros que arman. Y con poco dispendio puede sobrar marina para el fin, siempre que se tenga sistema y energía. Esto no se logrará sin concentración de dirección y facultades en la Corte.

Desde las convulsiones de la Europa, las cosas de América han sido subalternas a las de la Península. Dicen los más aquí, que así debe ser. Lo es en realidad y los de allí se quejan de esta situación, presentándola bajo los coloridos más negros, y hacen prosélitos, no dejando de tenerlos

entre los militares que infieren no se precian sus trabajos después de haberse expatriado, dejando aquí sus mujeres e hijos y cuando no tiene comparación la menor operación de allí con las de aquí. Lo que digo es por experiencia en ambos mundos y en las dos armas, pues ya no hay indios, ni hay flechas, ni se asustan de los caballos sus habitantes, añadiéndose a esta situación el que se presentan aquí aquellos que por delitos o por órdenes del gobierno se remiten; los cuales hacen partidarios que se emplean contra la reputación de los que allí están, como sucede en especial contra la del general Morillo y sus castigos, a pesar de que todos han sido juzgados por un tribunal mandado instalar por S. M. Se han castigado, lo más, noventa personas. Se ha procedido contra ellos después de agotados los recursos de la clemencia, cuando ni se habla del Perú ni de México en donde se ahorcan a centenares en el árbol más próximo a donde se aprehenden. Se publica en la Gaceta y se aplaude, siendo la verdadera causa de esta contradicción la de que los castigados por el general Morillo no son los pobres seducidos sino los seductores, y son de las familias primeras de aquellos países que aspiraban a más altos destinos. En este sitio debo, en consecuencia, descorrer el velo en beneficio del servicio de S. M. de los destinados a América de los generales que allí van y, en especial, por la buena fama de un hombre que trabaja como el general Morillo por asuntos que no son suyos y no puede responder a tan larga distancia. Y suplico a los que en el día son los brazos de la voluntad del Rey, que interpongan todo su valimiento para que se enmienden estos disgustos y lo hagan venir y juzgar, o que no se ataque con tal atrevimiento a un hombre que por todas razones pide, cuando menos, que se suspenda el juicio hasta oírlo, y que si allí manda, es contra todo su deseo y solo porque S. M. ha querido.

Aunque la plaza de La Habana no se comprende en el espacio señalado a la expedición, la he visto en detalle para poder informar de ella por deseos de su gobernador.

No hay cureñaje proporcionado a la artillería de la plaza. Ahora se está haciendo y separando el viejo, lo cual consumirá muchos millones. Las fortificaciones están descuidadas y el recinto es un verdadero muladar que ya va tomando otro aspecto. ¡De este modo está la Joya de la América y la Llave del Seno Mexicano! Le falta un tren de campaña, ínterin que en Cartagena están los que la expedición llevó y no servirán, sobrando hasta para traer a Europa, por cuya razón se ha oficiado al virrey; pero convendrá se le mande remita todo lo que allí no se necesite, pues en la Isla de Cuba servirá y allí se perderá, aunque es preciso vaya a Cartagena buque de guerra al propósito, para dar convoy. En general, las plazas de aquel continente están todas del propio modo, pues a la que le sobran pertrechos, le falta guarnición, no exceptuándose la propia Cartagena que en el día está como una verdadera plaza de guerra en lo material, y me aseguran lo está también Portobelo, pero sin guarnición. En fin, procurando enviar plomo para Venezuela vi los inventarios de La Habana y de este renglón no hay para dos millones de cartuchos y ha de surtir toda la isla, la marina, las floridas y las peticiones de puertos necesitados. Me he informado en Cádiz y veo hay órdenes para enviar, pero cantidades cortísimas que no salen por falta de auxilios. Por ejemplo,

Venezuela necesita al año como dos mil quinientos quintales, ya no tiene ninguno y ni aún pólvora. He visto que se le deben remitir menos de cuatrocientos quintales que forman poco más de medio millón de cartuchos, socorros cortos no salvarán las Américas y aun menos, remitidos con tanta lentitud.

¿Para qué sirve hacer un grande esfuerzo si no se alimenta con constancia y previsión? Sin disputa jamás salió de la Península expedición más completa que aquella en que me he encontrado, pues ahora el ejército está en esqueleto, a pesar de lo poco que se ha perdido comparado con lo que se sufre en la Península y con los estados de los ejércitos de la guerra de los Pirineos existirán. De ello se deducirá esta verdad: Cartagena no costó a las armas del Rey más que doscientos setenta y seis europeos, lo que parece increíble, aunque es verdad que todo el ejército estaba prostrado. No hemos tenido desertores y lo atribuyo a que fue la división forzada; no se buscaron voluntarios, pero S. M. prometió que regresarían a los tres años y no se les permitió llevar sus familias. En el día, procuro enterarme de qué tropas irán y solo veo regimientos en cuadros que se llenarán con quintos, los cuales no han hecho la guerra, no han sufrido sus fatigas ni pasado por vicisitudes de las armas. Irán a América y encontrarán hombres aguerridos que no dejan el campo, que ya están endurecidos en los trabajos y pelean por su independencia, gobernados por oficiales europeos de todas naciones, que no tienen nada que perder. Si fuesen las tropas que creo habrá muchas más honras que en la expedición anterior .

El plan de los insurgentes se consolida más cada día, evitando las disenciones domésticas que los dividían y dirigiendo sus empresas al mismo fin. Ellos son hábiles necesitados, ayudados por hombres de talento, aunque desgraciados. Atacaron a barlovento cuando la fuerza principal estaba a sotavento. Conocen la imposibilidad de socorrer desde Cartagena a la Margarita. Se fundaban en que de la metrópoli nada se remitiría. Se enteraron de lo que podían temer por diferentes correspondencias fiadas a buques mercantes e interceptados, como se prueba con la que han impreso y publicado, y de este modo se les ha dejado ir tomando la preponderancia que tienen, que será cada día mayor si pueden satisfacer parte del dinero facilitado por las compañías de los Estados Unidos y de toda Europa y no extrañaré tengan navíos en breve y que ataquen el Istmo sabiendo la situación en que se encuentra y la clase de tropas que quedan en la Nueva Granada. Además de la ventaja que tienen sobre nosotros de formar expediciones donde no pueden ser atacados por ser terrenos de otras potencias, y son por lo tanto dueños de caer donde les acomode más y nos obligan a gastos dobles o triples para defendernos, perdiendo la gran ventaja de atacar. Algunas de estas ideas parecerán aventuradas, pues gradúense como parezcan. En este mismo sitio dije tiempo ha que bloquearían los insurgentes nuestros puertos de España en cuanto supiesen dónde iba la expedición y el estado de nuestra marina. Los quince millones de duros que asegura el comercio haber perdido lo atestiguan y me lo temía tanto que, avisando la toma de Cartagena, pedí a S. M. se obligase a convoy y con fragatas bien armadas. ¡No lo conseguí!

Por último, si todas las operaciones de América tienen aquí un punto de reunión, si se sigue un plan análogo a nuestra situación sin marina y hay constancia, creo de que aún la América no se emancipará por ahora. Pero si todas las operaciones de estado y guerra piden rapidez y sigilo para lograrlas, ¿cómo se han de conseguir a mil o mil y quinientas leguas consultando y deliberando aquí sin oír de viva voz los encargados el sigilo, con la interceptación de órdenes en el mar y luego en tierra, por las distancias del país? Todas estas son ventajas inmensas para el enemigo, el cual ni tiene estos estorbos ni quién le pida cuentas, ni tribunales que le embaracen, como tampoco malvados que le desacrediten donde es preciso que le ayuden. Si fuera posible que S. M. estuviese en Madrid y en La Habana, yo aseguro de que los insurgentes no lograrían ventajas con tanta facilidad y seguridad; pero no pudiendo ser, es indispensable acercarse a un sistema que se le asimile.

Si las tropas toman en lo sucesivo la dirección que se les señala y que para ello el virrey sea capaz de montar a caballo, hasta otro tiempo, más ventajoso, queda disponible todo el caudal de la aduana del Istmo para otros objetos y tener un apostadero sin los sueldos del Sur. Además, pueden ahorrarse muchos sueldos de los empleados, a pesar de que el conde Espeleta estableció un sistema muy económico. En el virreinato hay todo lo necesario para la guerra con sistema y hombres capaces, menos armas; y la marina con el tiempo puede encontrar cuanto necesite, si se quiere.

Es en pocas palabras este escrito un resumen de cuanto el general Morillo ha dicho a S. M. repetidas veces. No he desenvuelto las ideas como él, ni les he dado el orden que les corresponde, pero en las secretarías del despacho está todo y yo poseo una copia en donde hay algunos oficios que es imposible extractar, y de los cuales en gacetas inglesas hay trozos. Convendría leerlos y tenerlos a la vista antes de decir nada sobre aquellos países. Quizás por la primera vez se ve hoy un general de escuadra tomar tanto calor en obsequio del ejército; pero además que el cielo ha dado al general Morillo el don de no chocar con otros que con los enemigos del Rey, tanto él como yo, sobrado carácter tenemos para sofocar nuestras desavenencias si las hubiese habido, porque estamos penetrados de que los intereses que se nos han confiado no son personales sino de S. M. y de la nación a que pertenecemos, y que solo la unión entre los dos podía hacerlo general, como felizmente se ha conseguido en tan dilatado espacio. He sido su compañero y subordinado en el ejército, lo he conocido en su primitiva carrera y no puedo desperdiciar este momento feliz para demostrarle mi aprecio, señalar sus servicios y su mérito personal a que se debe el éxito de esta rápida operación. El desea regresar al seno de su familia y solo pide que S. M. le mande que pueda venirse cuando su presencia no sea necesaria allí. No abusará, yo lo aseguro, y esta confianza lo llenará de gratitud.

RESUMEN DE LAS MEDIDAS PRINCIPALES

1º—Concentrar en la Corte la dirección de los negocios de América del modo que mejor parezca; pero que aquellos asuntos se consideren con la detención que merecen ahora más que nunca; y haciendo que por los ministerios se providencien en correlación.

2º—Que cuatro mil hombres pasen al reino de Santa Fe para asegurarlo, servir de reserva y cubrir las guarniciones de Panamá, Portobelo, Chagres, Cartagena, Santa Marta y Riohacha.

3º—Que los cuatro batallones venezolanos sigan al Perú luego que lleguen los cuatro mil hombres nombrados antes.

4º—Si el regimiento de León puede relevarse con otro, conviene pase a La Habana o a otra guarnición.

5º—El regimiento de la Albuera, completo con gente del país debe pasar a otra parte, pues es de poca confianza donde se encuentra.

6º—Si las operaciones de Margarita se terminan con felicidad, extraer para otro sitio los batallones venezolanos, como para el Reino de México, pues si quedan donde están, volverán las disenciones.

7º—Un solo jefe superior a Venezuela y Santa Fe y, si fuese posible que se extendiese a La Habana, se lograría así unidad en las operaciones y situado para el ejército de Venezuela, pues de otro modo no puede subsistir y habrá continuas disputas, pronosticando desde ahora la pérdida del todo, pues Venezuela es el punto importante, por las costas.

8º—Los remplazos al ejército que ascenderán a 4.000 hombres y, además, muchos oficiales y sargentos.

9º—Las tropas, que no vayan voluntarias sino a las que le toquen.

10—Completa igualdad en las promisiones de gracias con los de Europa, pues la de octubre causó grandes disgustos en el ejército y dio ánimo a los mal contentos para no respetar a los jefes, creyéndolos sin protección aquí. Y, en general, la suplicación de partes, la frecuente llegada de correos y cuanto contribuya a demostrar que S. M. aprecia los trabajos allí, son medios que aceleran la tranquilidad.

11—Gobierno militar en Venezuela y en todo país; que se rebele por ahora en Santa Fe, pues debe gobernarse ya como antes, marchando los jueces. Y en general, que se tengan presentes las dos épocas de todas las sociedades: la de tranquilidad y la de convulsión marcada desde los tiempos más remotos.

12—Plomo y pólvora en abundancia a Venezuela, Cartagena y Habana.

13—Ramo de hacienda para el ejército, que no lo hay por muertes y corto número cuando fue.

14—Muchos eclesiásticos y religiosos para curas y misiones y los señores obispos a sus puestos, por ser tan necesarios como la tropa.

15—Que se permita extraer en el Reino de Santa Fe todos los frutos y en especial la harina, dando protección y libertad, y entorpeciendo la introducción de los Estados Unidos, con derecho de ocho duros por barril, como en La Habana.

16—Que se desestaque el tabaco y aguardiente, fomentando la extracción de estos renglones, cubriendo el déficit de los gastos anuales con un reparto o con algún otro arbitrio que no obstruya los provechos de la agricultura.

17—Que la moneda necesita reducirse a los principios generales recibidos en todas las naciones.

18—Que se tenga presente de que con pagar siete por ciento se permitan extraer los metales preciosos en la Nueva Granada para países extranjeros, ínterin que, puestos en la Península, cuestan muy cerca del 15, por lo cual ningunos vendrán.

19—El comercio, que siga por ahora conforme está hasta con prudencia e inteligencia se vaya arreglando a los intereses de ambos mundos.

20—Que no habiéndose hecho mención en el proyecto de real hacienda de España de los fondos destinados para la reunión de expediciones a América, es necesario un decreto que señalándolos, evite el desaliento que causará al partido del Rey y el ánimo al contrario, pues entenderán que las posesiones ultramarinas se consideran perdidas y obrarán unos y otros en consecuencia, con más razón cuando se publique y glose el que el derecho de subvención de guerra ha pasado al crédito público.

21—Que los caminos abiertos se mantengan a toda costa y las poblaciones de ellos se fomenten.

22—Que se fomente cuanto corresponde al ramo de marina, para que pueda subsistir sin auxilios de la Península.

23—A la plaza de Cartagena se le harán las lanchas cañoneras detalladas, que son 30 en todo, y en el ínterin se compondrán las doce barcas varadas allí, que podrá dárseles destinos para España o tal vez para empresas del Misisipí, Tampico y demás ríos del Seno.

24—Que se establezcan apostaderos en Guayaquil y Panamá para cubrir el comercio, explorar las islas, mantener la comunicación con las diversas provincias e interceptar la correspondencia con los rebeldes, cubriendo al propio tiempo el movimiento de las tropas.

25—Que los rebeldes de Buenos Aires envíaran buques de toda clase a Chile como lo intentaron el año pasado. Para consolidar la obra y con arreglo a esto se han de tener buques en el Mar del Sur.

26—Que los apostaderos se coloquen como tengo dicho a S. M. en oficios extensos por el Ministerio de Marina, y no se olvide la correría que he pedido de las dos fragatas.

27—Que a la división de la Nueva Granada que esté en Cuba, se le auxilie con socorros de todo género de La Habana; que haya aquí una especie de reserva para acudir a toda la Costa Firme y Seno Mexicano, según las noticias.

28—Destruir los corsarios con convoyes arreglados, y hasta que esto no se consiga y correos, que no se piense en cruceros, porque no hay buques ni medios para tantos objetos. Se han pasado ocho meses sin noticia de la metrópoli y en el ínterin, los ingleses, americanos e insurgentes han inundado el país y el ejército de insurrecciones en España, etc. La expedición ha dado para esto los buques apresados. Vengador, Churruca, Galeano y hasta el número de doce para otros fines, en vez de venderlos.

29—Que Maracaibo corresponda para el comercio y marina a la Nueva Granada y que hasta que se determine siga comerciando como en el día.

30—Los aranceles de puerto con respecto a los extranjeros, arreglarlos, cargando cuando menos tanto como cargan a nuestros buques ellos, aumentando del lucro que tienen en hacer un comercio sin permiso del gobierno, y por lo tanto se ha de verificar como medida peculiar de cada capitán de puerto, indicándole la cantidad, la cual será mayor en la Guaira, Maracaibo, Santa Marta, Cartagena, Portobelo, Chagres y Panamá, que son los puntos de gran lucro para ellos, en especial los del Istmo.

31—Que los comandantes principales de marina se mantengan al lado de los capitanes generales y virreyes, estableciendo una Mesa de Marina en cada secretaría, asemejándose al sistema de la Corte, pudiendo ocuparse así de las mejoras que la ordenanza encarga en todos los ramos que producen una marina.

32—Que se arregle el río Magdalena y sea su comandante un gobernador establecido en Mompo, separándolo del gobierno de Cartagena, que debe tener por límite el río Cauca.

33—Una corta escuela de minería para aprovechar los tesoros de la Nueva Granada en fierro, cobre, plomo, estaño y carbón.

34—Que ínterin no se pueda impedir la formación de expediciones en los Estados Unidos, en Galveston, Puerto Príncipe, San Tomás y San Eustaquio, no habrá seguridad en punto alguno, con la seguridad para el enemigo de atacar donde quiera, y con suceso, pues de Cartagena no puede socorrerse Venezuela y a esta llegan las noticias con 40 a 50 días de fecha.

35—Es preciso acordarse de que Galveston está en el Seno Mexicano; de él se bloquea a Pensacola y tomada esta, tienen un puerto deseado por los Estados Unidos.

36—La falta de noticias de lo que se fragua en los Estados negros de Santo Domingo, es causa de que no se tomen medidas con anticipación, y convendrá colocar algún sujeto, sea por medio del enviado de los Estados Unidos o por el capitán general de la Isla de Cuba, el que con un pretexto pueda estar allí, como sería el de denunciar y reclamar por el comercio y hacendados lo que puedan llevar los piratas, y ocultarse a Petión.

37—La pérdida de caudales y efectos de la nación disminuye el número de buques, destruye el comercio y arruina el curso, por lo cual no se debería dejar salir buques sueltos sino todos en convoy; pero si alguno se ha de permitir, sea señalándole el número de cañones y tripulación; pero todo el metálico ha de ir en buques de guerra, sin condescendencia.

38—El empeño de los insurgentes en mantener un punto como Margarita o Galveston, es para tener cierta consideración entre las naciones extranjeras, considerándose potencia; y de aquí las noticias falsas que se dan en las gacetas extranjeras para lograr entrabar las ideas sobre crédito comercial y para conseguir ventajas en las negociaciones diplomáticas.

39—Por último, que se tenga muy presente de que lo que mejor es en fuerzas del virreinato de Santa Fe, se reciente en La Habana, México

y, en especial, en el Perú y Venezuela; además, que sin marina han de calcularse las distancias con más esmero y la diferencia de costos de las expediciones. Y que cualquier error que se cometa en la dirección de la pacificación de la América, ataca directamente al sistema actual de las monarquías, por cuya razón, por la pobreza con que se amenaza a la Europa y por el bien de la humanidad, es materia que pide la atención de la Europa en general y de la España en particular, no siendo asunto al alcance de un solo individuo ni de aquellos que se dedican a un solo ramo. Lo es él de los más profundos estadistas y más cuando hay que hacer nuevos sacrificios para adelantar sobre lo ya logrado. Haciendo yo esta exposición, por cumplir con mi obligación y con las órdenes que se me han dado.

Madrid, 19 de junio de 1817.

Pascual Enrile
(rubricado).